

# Capítulo XI

## Política y otros temas

---

- ¿Para dónde va Petro? 14/11/2014
- Política y petróleo 12/12/2014
- ABC del viaje de Pastrana 30/01/2015
- ¿Hasta cuándo, Nicolás? 12/06/2015
- D: La marca de la infamia 28/08/2015
- Detrás de la crisis 04/09/2015
- Álvaro Gómez y “El Régimen” 06/11/2015
- Lo políticamente correcto: #Soy Cabal 20/11/2015
- El Péndulo 11/12/2015
- Cartas al Niño Dios 25/12/2015
- Álvaro Gómez; 21 años de impunidad 04/11/2016

## ¿Para dónde va Petro?

*Petro optó por la estrategia del socialismo del siglo XXI: un modelo populista, estatizante, irresponsable fiscalmente y burocratizante. Su misión en la Alcaldía no es gobernar, es alcanzar la Presidencia de la República.*

**E**n abril de 2013 el exsecretario de Gobierno Guillermo Asprilla dijo: “Somos un proyecto para transformar el país. Bogotá es el primer paso, nuestra meta es Colombia y América. Tenemos un proyecto continental de cambio”. Un mes después, Jaramillo, el exsecretario de Salud, añadió: “Yo estoy aquí para colaborarle a ser Presidente”. El asunto está claro. La misión de Petro y su equipo en la Alcaldía no es gobernar, es alcanzar la Presidencia de la República.

Desde su posesión, Petro ha venido conformando una base política que permita su salto del Palacio Liévano a la Casa de Nariño. Y entre Bachelet y Chávez, Petro optó por la estrategia del socialismo del siglo XXI: un modelo populista, estatizante, irresponsable fiscalmente y burocratizante. Como Chávez, amplía el Estado y financia su campaña presidencial a partir de los recursos de los contribuyentes. Varias perlas:

Primero. No revivió la EDIS, pero decidió distritalizar el servicio de aseo violando la libertad de empresa, generando sobrecostos y detrimento patrimonial, y dejando \$80.000 millones en multas a los bogotanos.

Segundo. Impulsó la creación del Banco Muisca, que necesitaba de \$250.000 millones, cuando existen instrumentos más eficaces para fortalecer sectores populares e iniciativas de emprendimiento.

Tercero. Para sustituir Corabastos, intentó crear Alimentos Bacatá, que contaría con las 19 plazas de mercado de la ciudad y \$68.000 millones para mejoras, con lo que se abrirían centenares de tiendas ‘expres’ con los comerciantes beneficiarios del Banco Muisca.

Cuarto. Implementó gran cantidad de subsidios con impuestos. Entre ellos, la reducción del valor del pasaje en TransMilenio con un costo de \$200.000

millones al año y la extensión al estrato 2 de 6 metros cúbicos de agua gratuita, desincentivando el buen uso de tan preciado recurso.

Quinto. La semana pasada Metrovivienda anunció que se destinarán valiosos lotes del norte de Bogotá, de propiedad del IDU, para la construcción de 372 viviendas VIP. Con los billones que costará el proyecto se podrían construir al menos mil viviendas VIP en otras zonas y, en caso de que estos lotes se vendieran, la cantidad de viviendas se multiplicaría aún más.

Lo trágico es que la mayoría no pasan de malas ideas. El Banco Muisca y la compra de Corabastos han quedado en nada. El subsidio del pasaje tuvo que ser fuertemente restringido. Él habla y habla, pero no ejecuta ni sus propios planes. Bien sea por errores de su equipo o por su manifiesta incapacidad, ningún plan se concreta. Bogotá está paralizada.

Entidades de control se han percatado de esta irresponsabilidad fiscal y han tomado cartas en el asunto. Pero Petro, como antaño, sigue pensando que sus actos están por encima de la Ley. Ha buscado apoyo con discursos incendiarios en contra de la corrupción mientras que financia la defensa de su mandato con recursos públicos y, como lo denunció una concejal Progresista en octubre, el carrusel de la contratación está más vivo que nunca.

Hiperestatización burocrática, provocadora politiquería populista disfrazada de inclusión social e irresponsabilidad fiscal, todas de corte chavista, le están pavimentando el camino a la Presidencia a partir de los recursos de los bogotanos.

Con su paso por la Alcaldía, Petro demostró que es un pésimo administrador pero un audaz político. Hábilmente ubicó que las fracturas que tiene la ciudad entre las diferentes clases sociales constituyen una mina de oro para la movilización popular. Y, sin reparo, ha explotado dicha mina para tener un acervo de elementos políticos que le sirvan en su aspiración presidencial.

Alex Vernot -uno de sus asesores más cercanos- dijo: “La gente quiere que Petro se vuelva un gerente, pero él es un político, no va a dejar de serlo nunca”.

*noviembre 14 de 2014*



## Política y petróleo

*Con su economía destrozada y los ingresos petroleros menguados, se le acaba el cuarto de hora al socialismo bolivariano, lubricado con petrodólares que ya no existen ni existirán en el mediano plazo.*

Desde el inicio de su aprovechamiento a gran escala, de la mano del nacimiento de la industria automotriz en las postrimerías del siglo XIX, el petróleo ha sido factor determinante del desarrollo y, también, ficha clave del ajedrez del poder en el tablero de la geopolítica mundial.

Chávez lo tenía claro y no dudó en poner los petrodólares del pueblo venezolano al servicio del Foro de Sao Paulo, que amalgama a las izquierdas del continente y sirve de mampara política a los pocos grupos terroristas que subsisten. Ese matrimonio parió muy pronto al Socialismo Bolivariano del siglo XXI, con el padrinazgo del régimen castrista, y hoy, después de quince años, no solo detenta el poder en una docena de países, aunque con diferentes dosis de fundamentalismo, sino que creó una institucionalidad continental que pretende sustituir a la OEA, pero sin Estados Unidos, y hoy le apunta peligrosamente a una Corte Penal que legitime los desafueros y violaciones de sus principales miembros a los Derechos Humanos, con la misma Venezuela a la cabeza.

Mientras esto sucedía, con mercado de petróleo demandante y barril por encima de 100 dólares, la comunidad internacional y los Estados Unidos se limitaron a la tolerancia despectiva hacia quien percibían como un folclórico dictador disfrazado de demócrata, pero manejable, al que había que mostrarle los dientes cuando se extralimitaba en sus peroratas antiimperialistas. Sus intereses no les permitían mirar hacia dentro de Venezuela, donde se cocinaba una receta conocida: populismo insostenible, protagonismo político del estamento militar, cuerpos civiles armados de control revolucionario, desaparición de la prensa libre, persecución a la oposición democrática y destrucción acelerada de riqueza, todo ello en una base de corrupción en los círculos de poder.

Colombia, por su parte, estrenó nuevo mejor amigo para sostener unas relaciones comerciales que pronto se tornaron inviables, y se plegó a esa institucionalidad que

nada tiene que ver con su tradición democrática, su posición geopolítica y, menos aún, con su situación interna. Nadie ha explicado ¿Por qué un colombiano está al frente de una organización en la que ninguno de sus miembros reconoce a las Farc como grupo terrorista, como sí lo hacen la Unión Europea, Estados Unidos y muchos países? ¡Ah tiempos en que nos enorgullecíamos de Alberto Lleras en la OEA!, para pasar a este sentimiento medio vergonzante de Samper en UNASUR.

Pero la situación ha cambiado abruptamente. La calificadora Moody's advirtió del riesgo de default venezolano si el barril baja a 60 dólares. Estados Unidos, rebozado de petróleo gracias a la tecnología fracking, con mayoría republicana en el Congreso, con la presión del cada vez más poderoso exilio cubano y con alta dosis de ética de ocasión –hay que decirlo–, ha pasado de la tolerancia incómoda a las sanciones explícitas a Venezuela.

Con su economía destrozada y los ingresos petroleros menguados, se le acaba el cuarto de hora al socialismo bolivariano, lubricado con petrodólares que ya no existen ni existirán en el mediano plazo. Recuperarse de semejante hecatombe le llevará al vecino país más de los quince años que necesitó el chavismo para destruirlo, y lo malo es que estos regímenes dictatoriales, enfrentados al fracaso, se encierran cada vez más en su círculo represor y destructor de riqueza.

¿Qué será de Venezuela, de UNASUR y de nuestro proceso de paz con tan espurios garantes? Solo el petróleo lo sabe.

Nota bene: Como bien dice el Procurador, los más interesados en no impunidad con justicia transicional deberían ser las Farc, más aún cuando están perdiendo el piso de sus fracasados padrinos y la justicia internacional está alerta.

*diciembre 12 de 2014*



## ABC... del viaje de Pastrana

*de los insultos que recibió el Presidente Pastrana por parte de Maduro y de la denuncia de un exmilitar venezolano al segundo del régimen, Diosdado Cabello, como capo de un cartel de narcotraficantes, aliado de las Farc ¿Qué intereses persigue el punto tres del Acuerdo sobre narcotráfico?*

El expresidente Pastrana y los también expresidentes Piñera y Calderón viajan a un foro en Caracas invitados por la oposición venezolana, y como parte de su interés por palpar la realidad de la crisis, Pastrana y Piñera deciden visitar a Leopoldo López en su sitio de reclusión, en un día de visitas y cumpliendo los requisitos, pero el Gobierno lo impide sin explicación alguna, lo cual –dice con razón Pastrana– es clara evidencia de que se trata de un preso político, aunque el Gobierno quiera mostrarlo como delincuente común.

La primera reacción fue del Defensor del Pueblo, Tarek Saab, quien los acusó de ir a “atacar a un gobierno constitucional y violar las normas legales de este país”. Nuestra inefable Piedad Córdoba, quien, como cosa rara, se encontraba en Caracas, al mejor estilo de un jerarca chavista, los sindicó de desestabilizar al gobierno de Maduro y apoyar grupos de extrema derecha.

Y claro, remata el mismo Maduro, con su vocabulario de patán de barrio, refiriéndose a los expresidentes como “fósiles del club de vagos de la derecha”, al tiempo que los acusa de ser financiados por el narcotráfico.

Ahora resulta que el presidente Pastrana, secuestrado por narcotraficantes en 1988 y quien denunció la infiltración del narcotráfico en la campaña presidencial de 1994, por cuenta de la fantasiosa angustia de Maduro en su laberinto, es injuriado y acusado de dejarse pagar por los mismos narcotraficantes para ir a derrocar su muy legítimo gobierno.

De Pastrana se podrá decir que pecó de civilista –¿ingenuo?– al confiar en una justicia que no investigó, un Congreso que precluyó, un Gobierno que miro para otro lado y una sociedad que aceptó indolente a un gobierno deslegitimado; y se podrá decir que pecó de falta de cálculo político al montar su campaña sobre una promesa de paz que fue traicionada vilmente por las Farc.

Lo que no se puede decir de Pastrana es que sea un vulgar narcotraficante, un vago o un conspirador internacional. Por ello el gobierno colombiano, como debe ser, protestó por tan irrespetuoso trato y, por fin, se pronunció con algo de energía sobre la retención de López, ante lo cual Maduro injuria nuevamente a Pastrana y conmina a nuestra Cancillería a que “no se inmiscuya en la patria de Bolívar”, lo cual no obsta para que, días después, se abraza con Santos en la CELAC, como si nada hubiera pasado.

Y nada habría pasado realmente, si ese mismo Gobierno que acusa a nuestros presidentes de narcotraficantes y paramilitares, no hubiera sido desnudado por uno de sus exmilitares, Leamsy Salazar, quien asfixiado por la tragedia de su país, denuncia al segundo del régimen, Diosdado Cabello, como capo de un cartel de narcotraficantes, aliado de las Farc y protegido por la Cuba de los Castro, dizque como arma política para envenenar al pueblo estadounidense.

La noticia es difundida por el diario ABC de Madrid, uno de los más reputados en España, Iberoamérica y el mundo. Su director, Bieito Rubido, aseguró que la denuncia es seria, sustentada y más que contrastada. El Gobierno de Estados Unidos, por su parte, no solo no la desmiente sino que la califica de consistente.

Lo que era verdad de corrillo en Venezuela, Colombia y la DEA, ha sido confirmado desde adentro. Y, por supuesto, surgen preguntas: ¿Cuál es el papel de un Estado narcotraficante como padrino de unas negociaciones con sus socios? ¿Qué intereses persigue el punto tres sobre narcotráfico? ¿Acaso legitimarlo como delito político para limpiar la cara de todos los socios y, de paso, lavar unos dineritos?

*enero 31 de 2015*



## ¿Hasta Cuándo, Nicolás?

*¿Hasta cuándo Maduro continuará con el irrespeto a los derechos fundamentales y a los valores democráticos, con su mayor expresión en la desaparición de la prensa libre y el creciente número de presos políticos?*

Parafraseo la que es, quizás, la sentencia más famosa de la oratoria política en la historia universal, pronunciada por Cicerón en lo que hoy llamaríamos la plenaria del Senado, enfrentando a Catilina, un patricio autor de sobornos y conspiraciones contra la república, ante lo cual Cicerón le espetó: *¿Quosque tandem, Catilina, abutere patientia nostra?*

Como el latín es nuestra lengua madre la traducción no hace falta. Y entonces yo me pregunto: ¿hasta cuándo Maduro abusará de la nuestra? Más allá de la bravata por la cortesía de facilitarle un avión a Felipe González, o porque Santos tuvo el atrevimiento de recibir sin permiso a Capriles en 2013; más allá de los insultos y amenazas de su difunto mentor al entonces presidente Uribe y su ministro de Defensa, el mismo Santos, a quienes trató de mentirosos, mafiosos y paramilitares, por el “cobarde asesinato de un buen revolucionario” como Reyes; más allá de los insultos de Maduro a los expresidentes Pastrana y Quiroga, y de tantas otras sandeces populistas que nos recuerdan el exasperado pero muy digno, ¿Por qué no te callas? del rey Juan Carlos; más allá de todo eso –repito–, yo me pregunto ¿hasta cuándo?, y solo me surgen preocupaciones por dos temas que considero sustantivos.

El primero es la seguridad de nuestros compatriotas que no han querido o no se han podido devolver, porque allá tienen su pasado y su presente, y muy poco futuro en su propia patria. A los que no se nacionalizaron para votar por el chavismo no se les permite ni siquiera comprar víveres; a los que pretenden hacerse a un mercadito al otro lado de la frontera se les encarcela por contrabandistas, cuando no por paramilitares y conspiradores. Las deportaciones arbitrarias están a la orden del día y las últimas declaraciones de Maduro son una incitación a la xenofobia contra los colombianos. ¿Hasta cuándo entonces? ¿Qué más riesgos deben correr nuestros compatriotas?

Asunto grave, pero más grave el irrespeto a los derechos fundamentales y a los valores democráticos, con su mayor expresión en la desaparición de la prensa



libre y el creciente número de presos políticos. Pastrana, Quiroga y González han querido defender esos valores con valentía, tratando más de despertar a la opinión dormida de Latinoamérica y el mundo, que de realmente poder hacer algo ante la contumacia del tirano disfrazado de demócrata, el apoyo ferviente de sus aliados, el silencio cómplice de quienes están atrapados en el fracasado socialismo del siglo XXI por sus propios intereses, y las medias tintas de los países que juegan a no desairar a Maduro, pero como esperando a que se caiga solo.

La foto del show de la CELAC en Bruselas lo dice todo. Correa y Evo exultantes al lado de Donad Tusk, presidente del Consejo Europeo, incómodo ante la tonta arrogancia de sus acompañantes, que más parecen en un “prom”, mientras la Merkel los mira con pena ajena. Europa molesta pero sin aspavientos, ante la pretensión de Morales de condenar las sanciones ‘imperialistas’ de Obama a la Venezuela de su compadre Maduro, y nosotros, aunque no somos el patio trasero de nadie, la verdad, a veces nos comportamos como si lo fuéramos, pues ningún mandatario latinoamericano en ejercicio se ha pronunciado con la contundencia de Obama.

Mientras tanto, la furiosa locura socialista, que también nos tiene en sus planes y comulga ideológicamente con nuestra contraparte en La Habana, sigue destruyendo el sustrato democrático de América Latina, sin que un Cicerón de estas tierras le espete en la cara, como Juan Carlos, ¿Hasta cuándo, Nicolás?

*junio 12 de 2015*



## D: La marca de la infamia

*Frente a la aberrante afrenta del gobierno venezolano a nuestros compatriotas, a quienes les destruyeron sus casas con el argumento que en ellas habitan paramilitares asesinos, contrabandistas y hasta abusadores sexuales, se imponía una firme reacción de nuestro Gobierno. La diplomacia no es sinónimo de debilidad.*

Es inevitable la comparación. Los nazis marcaban con una estrella amarilla las casas y negocios de los judíos. El Estado Islámico copió esa metodología de barbarie y marca con una N, de nazareno, las casas de los cristianos en Irak para perseguirlos hasta la muerte. Detrás de estas dos historias ha corrido la sangre del genocidio.

Hoy la marca de la infamia es la letra D, de destrucción, desalojo y deportación, con la que son marcadas, para señalar las que deben ser destruidas porque en ellas, en la fantásica desesperación del régimen, habitan paramilitares asesinos, contrabandistas y hasta abusadores sexuales, según las injustificadas declaraciones de Maduro.

La crisis humanitaria que se vive en la frontera es indignante. Pero más allá de la brutalidad de sus consecuencias, resalto tres aspectos. Primero: que se trata de una crisis anunciada. Un gobierno acorralado por su ineptitud, corrupción y narcotráfico, enfrentado a unas elecciones definitivas de su propio destino, apela -no es algo nuevo- al anticolombianismo como cortina de humo y bandera nacionalista. Y claro, se inventa razones o se agarra de realidades incuestionables, pero que él mismo ha propiciado. Lo del paramilitarismo es una patraña; no así la influencia de bandas criminales y el control territorial de las Farc, protegidas por el régimen, que están detrás del contrabando de combustible, ganado y narcóticos. No es gratuita la grave situación del Catatumbo, inundado de coca desde que se aceptaron las imposiciones de sectores con evidente influencia de las Farc. Por lo tanto, no es del caso declararnos sorprendidos, cuando no se han atacado con decisión las causas.

Mi segunda observación tiene que ver con las infames y desproporcionadas acciones de Maduro contra nuestros compatriotas, mientras se declara con cinismo amigo de Colombia y su canciller, ¡en suelo colombiano!, afirma ante las cámaras,

sin vergüenza alguna, que las agresiones son una mentira de los medios al pueblo colombiano y a la comunidad internacional. Frente a las evidencias, eso es un insulto a nuestros medios, una afrenta mayor a las víctimas de los delitos de lesa humanidad que allí se están cometiendo, y un irrespeto al país y a su canciller, que debió suspender en ese momento la declaración pública o revirar de alguna forma, pero, ¡increíble!, se limitó a declarar que “de la línea de cooperación con Venezuela no nos va a sacar nadie”. ¿Cuál cooperación?

Y tercero, la increíble reacción oficial colombiana, que se hace patética en la declaración de la ministra Holguín en Cartagena. Nadie está pidiendo romper relaciones ni declarar guerras, como ya se empieza a estigmatizar a quienes exigen algo de firmeza. Tampoco se puede tildar de oportunistas ni condenar al silencio a los líderes políticos, solo porque estamos próximos a unas elecciones. Se impone la diplomacia, es cierto, pero no bilateral -la mal llamada “cooperación”-, porque además ya se cometieron delitos contra nuestros connacionales.

Es necesario acudir a la diplomacia multilateral y la justicia internacional. Unasur es una instancia de bolsillo de Caracas -el expresidente Gaviria pidió el retiro de Colombia ante el silencio cómplice de Samper- y la OEA no se recupera del bajo perfil de la era Insulza. Solo quedan la ONU como árbitro de un arreglo diplomático, y la Corte Penal Internacional para conocer las graves violaciones al Derecho Internacional Humanitario. Y por supuesto, queda en entredicho el papel de Venezuela como garante del proceso de paz. Diplomacia no es sinónimo de debilidad. No queremos un nuevo peor enemigo, pero debemos hacer distancia de un peligroso mejor amigo.

*agosto 28 de 2015*



## Detrás de la crisis

*Detrás de la crisis de la frontera con Venezuela subsisten dos realidades: De este lado, el narcotráfico, sin la talanquera del glifosato, al amparo de la ausencia estatal y en manos de bandas criminales y sus aliados, las Farc, el ELN y el EPL. Y del otro, un régimen disoluto disfrazado de socialista pero aferrado al poder que emana del desorden social y la corrupción rampante.*

De regreso de Villanueva, Guajira a Valledupar, en plena crisis, viajaba con algunos amigos ganaderos, cuando, acabando de pasar un retén militar, súbitamente fuimos obligados a detenernos por lo que parecía la avanzada de algún personaje y resultó ser –sorpréndase, amigos lectores– el equipo de logística de una caravana de contrabandistas de gasolina, de –vuelvan a sorprenderse– ¡ochenta camiones! que salieron veloces de una finca por donde, seguramente, burlaban por entre las trochas el retén del cual estaban debidamente avisados.

¿A qué viene esta historia? A que, sin duda alguna, esos hombres, armados hasta los dientes, no hacen parte de los “peligrosos contrabandistas” que hemos visto cruzar la frontera con sus bártulos y su pobreza a sus espaldas; esos contrabandistas desarraigados pero con capacidad para amenazar la economía venezolana, razón de seguridad nacional que esgrimió Maduro para demoler sus casas, hurtar sus pertenencias, humillarlos con un derroche de xenofobia sin precedentes, y expulsarlos de su país en condiciones ignominiosas y violatorias de los derechos humanos.

¿Quiénes están, entonces, detrás de la crisis? La verdad, todo el mundo lo sabe a ambos lados de la frontera, comenzando por los dos gobiernos y el de los Estados Unidos. De este lado, el narcotráfico, sin la talanquera del glifosato, al amparo de la ausencia estatal y en manos de bandas criminales y sus aliados, las Farc, el ELN y el EPL, estructuras armadas con control territorial, que han incursionado también en el contrabando, de ganado inclusive, y otros delitos; que corrompen o amenazan autoridades, dominan los negocios, el transporte y las carreteras, las ciudades y la inmensa zona rural fronteriza.

Quien no quiera ver, que no vea, sobre todo las ONG que pretenden seguir mostrando la Zona de Reserva Campesina del Catatumbo como un remanso de

paz, algo bien diferente a lo que vimos en el interesante trabajo investigativo del Canal RCN sobre esa apabullante presencia de la ilegalidad, con cultivos de coca por doquier, vergonzantes, para ser encontrados y filmados por cualquiera; con el ya no vergonzante sino vergonzoso aislamiento por el atraso en infraestructura; con campesinos que ya no son minifundistas sino minidelincuentes a la fuerza, aferrados por necesidad a la realidad de la coca y al control social de los amos.

Del otro lado de la frontera, detrás de la crisis está la disolución de un régimen en sus dos acepciones, es decir, un régimen que se cae a pedazos, precisamente por la condición disoluta de sus élites, disfrazadas de socialistas pero aferradas al poder que emana del desorden social y la corrupción rampante; funcionarios del más alto rango que han tirado del hilo del narcotráfico y lo han instalado en el vecino país; que han dado seguro resguardo a guerrilleros y narcotraficantes de verdad, mientras persiguen y deportan a delincuentes de mentiras.

Importantes medios internacionales, como The Wall Street Journal, The New York Times y el ABC de España, reportan las investigaciones de la justicia de Estados Unidos contra el “Cartel de los Soles” liderado por Diosdado Cabello, con participación del gobernador del estado Aragua, Tareck El Aissami; el ex director de inteligencia militar, Hugo Carvajal; el comandante de la Guardia Nacional, Néstor Reverol y el ministro de Industrias, director del Servicio Aduanero –¡qué conveniente!– y también hermano de Cabello, José David Cabello.

Colombia no ha exportado narcotráfico y delincuencia hacia Venezuela; fueron los cuadros del Socialismo del Siglo XXI quienes los importaron para su provecho. Colombia tiene graves problemas de narcotráfico y terrorismo, es innegable, pero como bien dijo el presidente Santos, “los problemas de Venezuela son hechos en Venezuela”.

*septiembre 4 de 2015*



## Álvaro Gómez y ‘El régimen’

*20 años después de su asesinato las ideas de Álvaro Gómez siguen explicando la realidad colombiana bajo la noción de régimen. El significado de dejar para la historia su asesinato como un delito común, solo se compara con las trampas que en vida le impidieron llegar a la presidencia.*

Por la defensa intransigente de los principios conservadores, ‘el régimen’ estigmatizó a su padre y, como si la sangrienta confrontación política del siglo pasado no hubiera sido responsabilidad de las dos colectividades históricas, el mismo régimen lo matriculó de “monstruo” e instigador de inconfesables violencias, mientras sus opositores lo fueron de próceres y estadistas, aunque hayan dejado sembrada la semilla de la posterior violencia subversiva y narcoterrorista.

‘El régimen’, para Laureano, era la amalgama de gobiernos liberales, de copartidarios disidentes y de los comunistas que emergían triunfantes de la conflagración mundial. Yo nací entre esa noción laureanista y la nueva concepción de Álvaro Gómez, para quien ‘el régimen’ era algo más complejo, subyacente a las estructuras políticas, económicas, sociales y, por ende, culturales del país.

En efecto, ‘el régimen’ así entendido está detrás de las culturas del “todo vale”; del “cómo voy yo”; del “yo te nombro, tú me nombras”; del “usted no sabe quién soy yo”; del “mercado del voto”; de la narcopolítica, la parapolítica, la farcpolítica y tantas otras vergüenzas nacionales. El régimen, al decir de Gómez, es “un sistema de compromisos y de complicidades que está dominando la totalidad de la vida civil”, “el légamo de los intereses creados”, que envileció el ejercicio de la política y en el que se refundieron sus objetivos fundamentales: la paz, la seguridad, el manejo pulcro de la cosa pública y el desarrollo económico.

“Mi revolución es el desarrollo”, proclamó en la Convención Conservadora de 1985, pero ya desde el 74 el régimen lo venía tildando de desarrollista, con esa connotación negativa que se le quiso dar al desarrollo acelerado. Por desarrollista, fue también encasillado como enemigo de las ‘causas sociales’, cuando la justicia social y la lucha contra la pobreza fueron siempre sus causas, mas no a partir del asistencialismo populista sino del desarrollo pensado en grande. “Creo en los grandes números”, decía, mientras el país persistía en limitados horizontes.

Como no solo heredó el estigma sino la verticalidad en la defensa de las ideas conservadoras, sin transacciones ni medias tintas, ‘el régimen’ le permitió ocupar muchos espacios de la vida pública, pero le cerró obstinadamente el camino a la Presidencia. El periodismo, el Congreso y la docencia, fueron entonces su atalaya y su foro, donde su voz se hacía sentir con la dignidad del hombre probo y la sabiduría del ilustrado, renacentista, diría yo, que enfrenté en más de una ocasión esa mirada escrutadora, ese reto permanente de reinterpretar la realidad y de reinventarse a partir de su comprensión.

A esas condiciones superiores el país le debe los resultados de su liderazgo en la construcción de la Constitución de 1991, sentado en triunvirato con quienes eran y seguían siendo sus contradictores: el liberalismo socialista y la izquierda revolucionaria reincorporada a la legitimidad.

El ambiente manisucio del régimen permitió su secuestro; ese ambiente violento hasta el magnicidio permitió su asesinato. El régimen de la impunidad dejó caer la guillotina del tiempo sobre tan vergonzosa página de nuestra historia. El mismo régimen que declaró de lesa humanidad el asesinato de Galán, le negó para siempre esa condición al de Álvaro Gómez. No importa si hay alternativas para escamotear la prescripción; el significado de dejar para la historia su asesinato como un delito común, solo se compara con las trampas que en vida le impidieron llegar a la presidencia.

Hoy el país todavía busca el camino “para volver a vivir”, para “la salvación nacional” y “el acuerdo sobre lo fundamental”. A pesar del régimen, Álvaro Gómez todavía respira sobre la realidad nacional.

*noviembre 6 de 2015*



## Lo políticamente correcto: #Soy Cabal

*La censura y el irrespeto de Vladdo. Las dos Colombias opinando sin escucharse*

Suelo tener diferencias con María Fernanda Cabal, pero mucha identificación ideológica, y lo ratifico a riesgo de ser matoneado -como han hecho con ella- por quienes pretenden erigirse en catones severos, para definir desde sus atalayas de formadores de opinión, qué es políticamente correcto o incorrecto, o quién debe ser aplaudido o vapuleado desde su cómoda posición en los medios.

Sobra aclarar que no es mi intención asumir su defensa como esposo, “que ella baila sola”, como dice un viejo porro de los Corraleros -A propósito, paz en la tumba del maestro Calixto Ochoa-. Quiero, más bien, acompañar una posición que comparto; la misma que acompañaron cientos de miles de colombianos en las redes sociales, como pude comprobarlo, mientras unos pocos lapidaban sus trinos y -lo que resulta paradójico-, algunos empleaban en ello una fiereza y grosería inusitadas.

El caricaturista y columnista Vladdo no encontró mejor tema para su opinión semanal, que insultar a una Representante a la Cámara y burlarse de ella -de estúpida y animal la trató, sin considerar siquiera que se tratara de una mujer-, solamente porque le parecieron políticamente incorrectas las comparaciones entre el drama francés frente a un terrorismo al que no estaban acostumbrados, y el drama colombiano frente a medio siglo de terrorismo al que terminamos acostumbrándonos.

A él, que sí tiene idea de lo que habla, lo invito a que les pregunte a los sobrevivientes y a los familiares de las 36 víctimas de El Nogal, o a los de los doce hombres que custodiaban unas urnas en Güicán cuando fueron asesinados por el ELN; a los deudos de las 119 víctimas de Bojayá, o a los de los 11 militares asesinados en Timba, o a cualquiera de los miles de víctimas de las Farc, si el terror o el dolor por la muerte de los suyos es diferente al que aflige a los de las víctimas de París y al pueblo francés. Cuando el Gobierno reanudó los bombardeos después de la masacre de Timba, la respuesta de las Farc no fue de diálogo sino de extorsión terrorista a la mesa, con el ataque aleva a la infraestructura energética, que dejó daños irreparables a la naturaleza y miles de víctimas. La diferencia es que el mundo no llora a nuestros muertos; solo nosotros.



La representante Cabal nunca se refirió a las víctimas de París, y menos para burlarse, porque pocas personas, como ella, han trabajado de cerca con víctimas de la violencia. Nadie sensato es enemigo de la paz, ni de la negociación siquiera, pero millones dudan de la voluntad de quienes usan el terror para imponer sus posiciones sobre el desarrollo rural que ellos mismos han impedido, la política contra el narcotráfico que se resisten a abandonar, y la reparación a las víctimas que ellos mismos han causado. Muchos tenemos legítimos recelos frente a la impunidad y la extrema generosidad para abrirles la puerta de la actividad política.

Por ello es inaceptable la censura, y menos cuando proviene de quien vive de la burla y la ironía, con reconocida gracia -es cierto-, pero también con total irrespeto cuando se trata de personas o temas que no se ajustan a su interpretación de lo políticamente correcto. Pero el problema no es Vladdo; lo preocupante es la ceguera frente a una opinión -esa sí pública, espontánea y masiva- que subyace dinámica y sin cortapisas en las redes, en contravía de la construida en los medios con la arrogancia de sus “formadores”, cuando no al servicio de todo tipo de intereses. Son dos Colombias opinando sin escucharse.

*noviembre 20 de 2015*



## El Péndulo

*Mientras todos los países del Socialismo del siglo XXI en América Latina vuelven derrotados por la corrupción y la destrucción del aparato productivo, nosotros vamos, empoderando políticamente a un grupo terrorista que destruyó el aparato productivo rural, hace la guerra mientras habla de paz y negocia droga con mafias internacionales.*

**I**r y regresar eternamente, como el péndulo, parece un castigo mitológico, pero es más un sino dialéctico en la vida del ser humano, en lo físico y también en el ámbito de las ideas y la política. Hoy nuestro pedazo de América se mueve con fuerza, queriendo desembarazarse de la avalancha socialista que germinó en Venezuela hace casi dos décadas, con semilla cubana y abono narcoterrorista; un socialismo dizque renovado -del siglo XXI- y dizque revolucionario, mal amarrado a la figura de un conservador por antonomasia -Simón Bolívar-; un sistema que pareció funcionar mientras tuvo plata, pero terminó sumido en sus propias confusiones, atropellando las instituciones democráticas, destruyendo la libre empresa y el aparato productivo, silenciando la libre expresión, vulnerando los derechos fundamentales y untado hasta el cogote de la corrupción que dijo combatir como bandera para encaramarse al poder que, definitivamente, le quedó grande.

Hoy América Latina vuelve por sus fueros de recuperación de la libertad y de todos sus derechos, de estatismo moderado y reivindicación de la iniciativa privada. Hasta Cuba se cansó de rabieta antiimperialistas y hace las paces con su enemigo de siempre, abriendo, así sea muy lentamente, las puertas y ventanas de su comunismo añejo.

Hay gran expectativa por las consecuencias de la contundente victoria de la oposición venezolana, que dependerán de su propia sindéresis para entender y aprovechar el momento, verdaderamente de “efervescencia y calor”, como pregonaba nuestro tribuno del pueblo. 112 se volvió un número icónico en Venezuela, como los 300 de las Termópilas. De su capacidad para encontrar factores comunes que permitan una posición verdaderamente ganadora en la Asamblea, depende el futuro inmediato de Venezuela, que tiene otra pata en la posición del ejército, el mismo que llevó al poder a Chávez y se lo quita a Maduro al impedir el fraude electoral. Quiera Dios

también, que los perdedores no echen mano de acciones desesperadas, un riesgo latente en medio de la calma pos-electoral.

Y si por Venezuela llueve, en Argentina no escampa; un país que se sacude con Macri de 12 años de la resurrección del peronismo populista en el cuerpo ajeno de los Kirchner, con Evita incluida, y también con destrucción económica, antiimperialismo, abrazo chavista, admiración castrista y corrupción a la lata, como dice hoy la muchachada.

Han sido la corrupción y la destrucción del aparato productivo la mecha que está haciendo caer por su base al Socialismo del siglo XXI, y el gigante brasilero no es la excepción. El mundo admiró a Lula -el Lech Walesa latinoamericano-, el obrero, el sindicalista fabril; pero esa imagen idealizada está siendo deslucida por la corrupción, que hoy tiene a Dilma Rousseff -su heredera- enfrentada a un juicio político que, seguramente, llevará a Brasil al otro lado del péndulo.

¿Y Colombia? López Pumarejo afirmaba que “al país le gusta estar a la penúltima moda”, y hoy, efectivamente, pareciera que mientras todos vuelven, nosotros vamos, porque el precio de la paz es cada día más alto, empoderando políticamente a un grupo terrorista que hace la guerra mientras habla de paz; que denuncia a las clases dominantes corruptas, mientras negocia droga con mafias internacionales; que destruyó el aparato productivo rural y le permitimos reconstruirlo a su amaño; los ahijados de Chávez y Maduro, los compadres de alias “Teodora”, los abanderados del Socialismo del siglo XXI entrando gratis al Congreso colombiano, mientras salen apabullados de la Asamblea venezolana. Colombia del otro lado del péndulo.

Nota bene: por su posición durante la campaña electoral venezolana, Andrés Pastrana merece nuestro respeto; Piedad Córdoba nuestro repudio.

*diciembre 11 de 2015*



## Cartas al Niño Dios

*Son cartas al Niño Dios que escribimos con el deseo, pues sabemos que “el palo no está para cucharas” y que tocará seguir “a Dios rogando y con el mazo dando”.*

Soy de esos tiempos perdidos de la absoluta ingenuidad infantil, en los que se escribían cartas al Niño Dios o se le mandaban razones con la mamá para que, el 25 en la mañana, pudiéramos buscar bajo la cama la respuesta a nuestras peticiones.

Mucho me temo que los play station y las tabletas con juegos electrónicos ya no se piden por ese conducto. Pero el espíritu de Navidad -y también de Año Nuevo-, está lleno de ese ejercicio infantil de pedir y esperar recibir, aunque pidamos con el deseo y no siempre esos deseos pueden ser atendidos. No en vano, uno de esos bailables de fin de año nos recuerda con crudeza que, frente a la Navidad que viene, “unos van alegres y otros van llorando”. Es un doble sentimiento que me rodea cuando imagino la tarea de escribir una carta al Niño Dios para Colombia.

¿Qué le pediría? Que haya paz, por supuesto. Es el gran anhelo de los colombianos, aunque es muy diferente que se alcance un estado de verdadera paz, a que se firmen unos acuerdos para que las Farc abandonen la violencia y el terrorismo. Además, ese no es realmente un regalo, pues lo estamos comprando nosotros mismos, y a un precio elevado. Y no me refiero a los llamados sapos, sino al precio efectivo, pues ni la reparación directa a las víctimas, más allá de los actos de perdón -que son gratis-, correrá por cuenta de las Farc, que dicen no tener plata, sino que deberá salir del Presupuesto, es decir, de nuestros bolsillos. Ni que decir de la reconstrucción del campo y demás compromisos de las negociaciones de La Habana.

Deberíamos pedir, entonces, una situación económica boyante para construir esa nueva Colombia en paz. Que haya empleo y salario digno para los que “van llorando”, o cuando menos, que no suban los precios y se traguen sus magros ingresos sin remedio. Que haya más empresas produciendo y exportando muchas más cosas fuera de petróleo y carbón, para poder pagar las costosas importaciones de maquinaria e insumos para la producción industrial y rural. Que un campo recuperado, con vías transitables y productores apoyados por el Estado, pueda garantizar la seguridad alimentaria con menor dependencia de las importaciones.

Que el petróleo vuelva a subir y el dólar a bajar, es algo que pide a gritos medio mundo. Que el Gobierno no se endeude más de la cuenta para costear el “posconflicto”, que tampoco nos cargue la mano con más impuestos ni suba los intereses que todo lo encarecen. Bueno sería, más bien, que los recursos se utilizarán con pulcritud, y que el Niño Dios nos libre de Interbolsas, Nules, funcionarios venales y ladrones de la salud y la alimentación de los niños pobres. Una Colombia sin corrupción es tan urgente como una sin Farc y sin bacrim. ¡Ese sí que sería un buen regalo!

Y otro: Colombia sin coca. Habíamos dejado de ser el principal productor del mundo, pero no hicimos la tarea -dejamos de fumar-, perdimos el año y nos quitaron ese regalo. Solución a la crisis de la salud; que la inseguridad ciudadana no mate más colombianos que el terrorismo, que las ciudades sean vivibles y el campo un proyecto de vida. Larga lista. Son cartas al Niño Dios que escribimos con el deseo, pues sabemos que “el palo no está para cucharas” y que tocará seguir “a Dios rogando y con el mazo dando”.

Nota bene. Paz en todos los hogares colombianos. Es un buen comienzo y mi pedido personal al Niño Dios.

*diciembre 25 de 2015*



## Álvaro: 21 años de impunidad

*Álvaro Gómez fue un gran pensador; doctrinario para muchos, sobre todo en estos tiempos, en que la defensa vertical de las convicciones es mal vista porque se atraviesa a los intereses de ocasión que son el objetivo de la política.*

Y seguiremos recordando esa infamia, año a año, como pasando las cuentas del rosario de impunidad en que se convirtió el asesinato de Álvaro Gómez Hurtado el 2 de noviembre de 1996.

De la misma forma que el régimen que denunció en vida le cerró todos los caminos para llegar a la presidencia de la República, ese mismo régimen encerró en un laberinto kafkiano el proceso de su asesinato, para que la verdad no pueda salir a campo abierto, para que nunca se conozca, para que los culpables sigan por ahí, diciendo y desdiciendo, haciendo y deshaciendo, avergonzando la majestad de la justicia, una de las grandes banderas de Álvaro Gómez y, fatalmente, el derecho póstumo que a él le fue denegado, y que hoy siguen reclamando su familia y el país entero.

Para mí, el verbo morir debería tener solo su forma reflexiva, porque la gente debe “morirse”, no que la maten. Para mí, el asesinato debería ser un delito imprescriptible, porque el derecho a la vida es fundamental entre los fundamentales. Para mí, todo asesinato es un delito de lesa humanidad, porque toda vida segada por el odio y la violencia lesiona el concepto de humanidad.

No obstante, la necesidad del ser humano de clasificar todo para poderlo entender y manejar, determinó unas condiciones para la definición del delito de lesa humanidad, condiciones que se cumplen a cabalidad en el caso de Álvaro Gómez, como se cumplieron en el de Luis Carlos Galán y en otros tantos que el país conoce, porque hicieron parte de un ataque sistemático y generalizado del narcotráfico, que omnipotente y omnipresente en esa época aciaga de la historia nacional, infiltró al régimen que debía combatirlo y pretendió doblegar a la sociedad colombiana con el terror y la violencia.

Por el reconocimiento de ese escenario histórico incuestionable, por la condición misma de la persona de Álvaro Gómez Hurtado, por su importancia en la historia

del país en el siglo XX y por su proyección en la sociedad –no en vano fue uno de los padres de la Constitución que nos rige–, su magnicidio, como el de Guillermo Cano o el de Rodrigo Lara, no es un asunto que afrente solamente a la familia Gómez o al partido conservador; entenderlo así ha sido una mezquindad conveniente de la Fiscalía. Este es un asunto que afrenta al país y a sus instituciones democráticas; instituciones que, por fuera del cálido entorno hogareño de Margarita, de sus hijos y de su hermano Enrique, fueron el espacio vital de Álvaro Gómez, la razón de su existencia. A ellas entregó toda su vida y por ellas la perdió.

La perdió porque su talante de honestidad personal e intelectual lo colocó, indefectiblemente, en el desierto de la oposición al régimen, entendido como ese sistema de vasos comunicantes, de puertas falsas, de madrigueras donde se esconde la corrupción, la justicia se refunde, las instituciones se destruyen, y en donde las ideas y la dignidad son mercancía que se vende o se cambia por cualquier abalorio, como la vida de Stepansky.

Álvaro Gómez fue un gran pensador, doctrinario para muchos, sobre todo en estos tiempos, en que la defensa vertical de las convicciones es mal vista porque se atraviesa a los intereses de ocasión que son el objetivo de la política.

Álvaro Gómez fue un hombre culto y universal, ecuménico; escritor magnífico y conversador ameno, con esa particular gestualidad que quedó grabada en mis recuerdos de largas horas de tertulia. Su memoria no merece el olvido; su sacrificio no merece la impunidad.

*noviembre 4 de 2016*

